

Problemas de cronología en el dialecto aragonés

WILLIAM DENNIS ELCOCK

Resulta incontrovertible la experiencia habitual de los investigadores por la que el objeto de sus desvelos se resiste a la exhaustividad. Mucho después de la publicación de una tesis escrita con la seria intención de decir la última palabra, nos vemos perseguidos por los pensamientos de tantas cosas que han quedado en el tintero. Continúan surgiendo fantasmas que distraen nuestra atención del nuevo campo de estudio al cual intentamos en vano entregarnos, y que insisten en que volvamos sobre nuestros pasos. Cuanto más pretendemos ignorarlos, más inoportunos llegan a ser, insinuando que se ha hecho poca justicia a sus peticiones. Con el deseo de que estos espectros puedan apaciguarse vuelvo aquí otra vez al viejo problema atinente a la sonorización de las oclusivas sordas tras nasal o líquida en los dialectos del Pirineo; el lector podrá juzgar si el resultado final ha sido, como me temo, evocar nuevos fantasmas más que conjurar los viejos.

La tesis en cuestión¹ llegó a una conclusión un tanto negativa y su tono final de escepticismo se ganó una leve reprensión por parte de uno de sus más distinguidos críticos, E. Bourciez. Las primeras

1. *De quelques affinités phonétiques entre l'aragonais et le béarnais*, París, E. Droz, 1938. Los nombres de los informantes y los mapas que muestran la situación de las localidades mencionadas se encuentran en esta tesis. Una colección de topónimos se publicó separadamente como «Toponimia menor en el Alto Aragón» (*Actas de la Primera Reunión de Toponimia Pirenaica*, Zaragoza, 1949). El material empleado en el presente artículo procede en su mayor parte de esta fuente. Durante el verano de 1950 he podido visitar otra vez Aragón recogiendo nuevos datos y revisando nuevos puntos. Aprovecho esta oportunidad para expresar mi agradecimiento a la Universidad de Londres por la beca del *Central Research Fund* que me permitió efectuar el viaje, y al editor por haberme permitido reescribir mi contribución original.

teorías habían sido, en efecto, de lo más sugerente: Jean Sarrailh había visto en el fenómeno que examinamos un vestigio de la antigua pronunciación ibera, mientras que Menéndez Pidal lo atribuía a los colonizadores oscos. Obligados a meditar sobre estas posiciones encontradas, señalamos que la sonorización de oclusivas sordas tras nasal o líquida se da en muchas lenguas: en otros dialectos románicos, en dialectos itálicos, en albanés, en griego moderno y, al menos parcialmente, de acuerdo con M. Grammont, en sirio. ¿Por qué entonces, si el fenómeno puede ocurrir espontáneamente en otras lenguas, deberíamos ver en ello evidencias de un sustrato ibero u osco en el caso particular de las hablas del Pirineo? Si la teoría del sustrato en su aplicación a la fonología tiene algún valor, entonces este fenómeno debe explicarse por esa lengua mediterránea común de origen preindoeuropeo que algunos lingüistas han postulado. Pero si tales cambios pueden aparecer espontáneamente en otras lenguas, y es demostrable su cronología reciente, entonces nuestra base para suponer la acción de un sustrato es bastante errónea.

En ese punto dejamos el problema, pero no sin cierta insatisfacción pues, a pesar de todas las consideraciones anteriores, la presencia simultánea del fenómeno en vasco y en el romance vecino necesariamente parece implicar una forma de interrelación entre los dos. La coincidencia requiere una explicación. En un punto de la conclusión nos atrevimos a escribir: «Siempre podemos suponer que la existencia simultánea del mismo fenómeno en las dos áreas lingüísticas es el resultado de una simple concomitancia»². Es esta sugerencia, efectuada provisionalmente en aquel tiempo, la que ahora parece posibilitar un desarrollo adicional. En una comunicación recientemente pronunciada ante la *Sociedad Filológica* (Londres), el señor Martinet comentó que se observaban semejanzas en la evolución fonética entre lenguas originalmente tan distintas como el finlandés y el ruso cuyos dialectos de frontera se han desarrollado uno al lado del otro. De la misma manera, tenemos aquí un ejemplo de coincidencia en la evolución fonética entre los dialectos del romance pirenaico y el vasco, siendo determinada aparentemente esa coincidencia de alguna forma por su contigüidad. Si suponemos que el fenómeno surgió primero espontáneamente en un habla o en la otra, esto al menos nos ofrece una teoría que puede oponerse a las más viejas, aunque se requiera en ambos supuestos la existencia de un sustrato.

2. En francés en el original (nota de los traductores).

Con el deseo de descubrir alguna pista para la cronología de esta evolución, alguna indicación de que ocurriera en Aragón mucho más tarde respecto a la primera propagación del romance en los Pirineos, hemos vuelto al estudio de los topónimos locales. La demostración que estamos a punto de emprender sólo proporciona una sugerencia concerniente al *terminus ad quem*. Hemos estimado conveniente, sin embargo, desarrollarla con una cierta extensión en función de su interés incidental, por la luz que un examen de los nombres de lugar puede arrojar sobre las complejidades del cambio fonético en el territorio aragonés y como una indicación de la necesidad de considerar tal cambio en conjunción con los otros. Después, quizá nos permitamos expresar algunas observaciones adicionales relacionadas con el *terminus a quo*.

Nuestra atención se centró primero en los derivados aragoneses actuales y en nombres de lugar de tres palabras comunes del latín: FONTE, FRONTE y SORTE. Todas ellas contienen nasal o líquida más oclusiva más vocal. FONTE, de acuerdo con el desarrollo normal del aragonés, debería dar [*fwánde*], y esta forma es usada todavía por las generaciones más viejas en las localidades de Torla, Buesa, Fanlo y Sercué (cf. mapa). FRONTE, suponiendo la pérdida del primer elemento del diptongo como en cast. *frente*, debería dar *frande*; esta forma se recordaba como de uso normal por nuestro informante en Sercué. SORTE debería dar [*swárde*]. Pero sobre este tema trataremos con detalle más adelante.

El interés particular de estas palabras es que se reproducen en nombres de lugar. Cada pueblo tiene su fuente, generalmente varias. En el pueblo de Burgasé la procedencia del abastecimiento de agua es *fwénte asfwanz*. La misma forma se nos dio en Bergua, aunque con la observación adicional de que la generación más joven dice *alfwanz*. La *zeta* de estos nombres aparece en al menos un derivado; en Yésero es una fuente *funciaça*, cuya forma muestra la terminación diminutiva *-iaça* (< -ELLA), añadida a una primera *funz*. Finalmente, *fónz* aparece sólo como el nombre de una localidad, en el mapa *Fonz*, situada un poco al este de Barbastro.

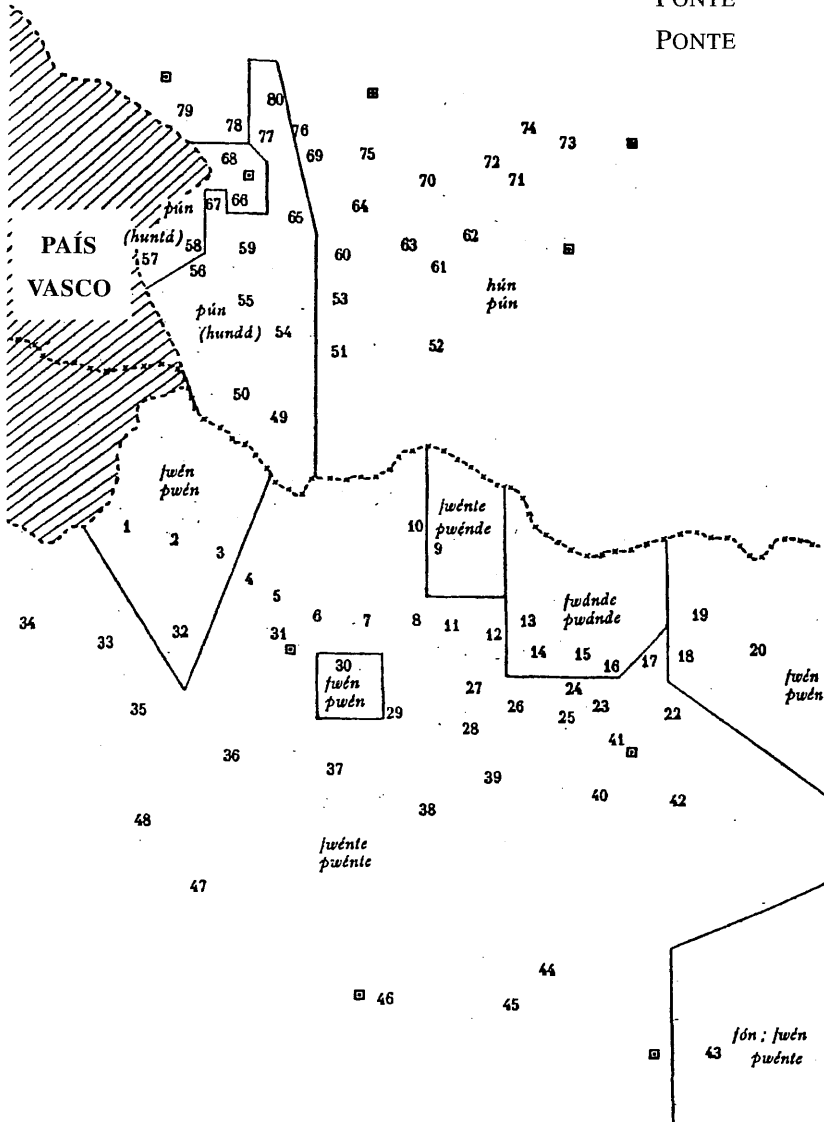
FRONTE, como topónimo, designa el campo, cultivo o similar, que se halla frente a un pueblo a lo largo de un Valle. La palabra se da comúnmente en el derivado *frontón* o *frondón*. Como *frande*, se encontrará en la toponimia de no menos de cuatro localidades diferentes, bastante distanciadas: Acín, Burgasé, Berroy y Fablo. En otra parte,

Mapa N.º 25

El grupo -NTE

FONTE

PONTE



en Sardás y en Bānastón, registramos *las frances*, y en otra localidad, Bergua, *planeta francés*, con un cambio acentual que nos atrevemos a atribuir al informante más que a una imperfecta notación. Así, al igual que en el caso de FONTE, los derivados de FRONTE en nombres de lugar, muestran un plural *frances*, junto a un singular *frande*.

El tercer ejemplo se refiere a los representantes de SORTE. A primera vista, puede parecer extraño que una palabra como esta sea capaz de originar nombres de lugar. Su presencia se debe a la práctica primitiva, revelada por muchos nombres de lugar, de parcelar una extensión de terreno dedicada al cultivo. La SORTE es, de hecho, la porción asignada. Nuestras investigaciones personales no han descubierto huellas de esta palabra como de uso libre en el habla de Aragón, pero Saroihandy, cuyas investigaciones en Sercué se habían llevado a cabo unos treinta años antes, afirma que se usaba con tal acepción, y ofrece el ejemplo *le ha tocató la millor suarde* ('ha conseguido la mejor parcela'). La palabra que nuestro informante de allí conocía como un nombre de lugar era *swarces*. Un temor repentino de que pudiéramos haber equivocado una fricativa /d/ por una /θ/ provocó que en la tesis antes mencionada refrenáramos nuestro entusiasmo y dimos la forma citada por Saroihandy. Una reflexión adicional, sin embargo, nos induce a creer que la notación era correcta, porque hay un paralelismo obvio entre *fwande / fwanz*, *frande / frances*, por un lado, y *swarde / swarces*, por el otro.

Lo significativo de todo esto, por tanto, es que, teniendo en cuenta solo las formas todavía en uso actual, habría que ver en ellas una evolución muy simple de las palabras latinas correspondientes —una mera diptongación de la vocal tónica y sonorización de la oclusiva sorda tras nasal o líquida—, pero un estudio de las formas reveladas por los nombres de lugar muestra que, en realidad, esta evolución fue mucho menos simple.

La forma *asfwanz* es originalmente un plural en el que la /θ/ representa una primitiva /ts/. Así, *swarces* y *frances* deben ser formas plurales dobles creadas después de que la zeta hubiera dejado de reconocerse como una flexión de plural. Un ejemplo parecido de este proceso se encuentra en una localidad situada en el extremo suroccidental del área de nuestras investigaciones, en Agüero, donde se conoce una cierta cueva como *cueva del esforaz*; aquí, la forma *esforaz* debe representar una primera *es foráts* 'los agujeros', como en catalán moderno, y la palabra basta para indicar que la /o/ final tenía

tendencia a sufrir la misma suerte que /e/ final en los ejemplos citados anteriormente. El hecho de que Agüero esté tan alejado de Sercué muestra cuán extensa era la región afectada en un principio por esta inusual evolución de las formas de plural. Puede apuntarse también que en el área de Sercué la segunda persona del plural de los verbos todavía termina en *zeta*, resultado que deriva claramente también de la /ts/ final.

De este modo, deben haber existido una vez los plurales [*fwánts], [*fránts] y [*swárts] con los singulares correspondientes [*fwánt], [*fránt] y [*swárt]. En efecto, el último de estos se encuentra incluso en otro nombre de lugar, el de [*la swért*], en Tella, con una /t/ final que está todavía levemente sonorizada, mientras que [*fwán*] y [*fán*], sin ninguna /t/ final, aún existen en los nombres de varias fuentes, p. ej. *Fanfreda* ‘fuente fría’, en Yésero, y *fambiella* ‘fuente vieja’, en Morcat.

Los derivados aragoneses de las tres palabras latinas nos plantean toda una serie de cambios fonéticos. En primer lugar, la pérdida de la /e/ postónica en las formas de singular y plural. En segundo lugar, el paso del grupo /ts/ a *zeta*, el cual deja de reconocerse como un signo del plural (una pérdida de función que no sorprende en vista de la popularidad en Aragón de los sufijos *-azo* < -ACEUM e *-izo* < -ICIUM, los cuales, tras la pérdida de la voca postónica, acabarían igualmente en *zeta*). En tercer lugar, la restitución de la /e/ postónica en el singular y de /es/ en el plural. Y, en cuarto lugar, la sonorización de la /t/ tras restaurarse la /e/ postónica.

A partir de tal evidencia parece posible establecer una cierta cronología relativa en la evolución de los sonidos del dialecto aragonés, e incluso extraer alguna conclusión acerca de sus peripecias pasadas.

Otros nombres de lugar sirven para confirmar que la tendencia a omitir la /e/ y la /o/ postónicas debe haber sido en algún momento bastante usual en Aragón (cf. Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, pp. 192 y sigs.). Es bien sabido que este fenómeno también se produce en algunos de los textos castellanos más antiguos: allí encontramos *cort* por *corte* y *noch* por *noche*. Aun antes de finales del siglo XIII el castellano reacciona contra esta tendencia y en la lengua literaria restablece la postónica perdida. Los castellanos de la época, con una conciencia gradualmente creciente de su propia individualidad, bien pudieron haber considerado que la omisión de las vocales finales era un hábito deplorable y descuidado de los catalanes (como lo

era, según Menéndez Pidal, de la población mozárabe, *loc. cit.*). Toda la orientación de Aragón, sin embargo, al igual que la de su río Ebro, se dirige hacia Cataluña y el Mediterráneo. Los Reyes de Aragón eran los Condes de Barcelona, y Barcelona proporcionaba el lenguaje de la cancillería que, sin embargo, no era probablemente el idioma de los aragoneses. En las crónicas de Muntaner, escritas en los primeros años del siglo XIV, leemos: «Si ben catalans e aragonesos son d'un senyor, la llengua llur no es una, ans es molt departida». El catalán de la época nos ha dejado una literatura; el aragonés, pese a ser —como se nos dice— tan diferente, no nos ha dejado una literatura propia. En ningún momento disfrutó Aragón de una larga existencia como entidad política, y su habla, carente de cualquier norma reconocida, debe haber estado siempre abierta a la influencia de otras hablas respaldadas por un prestigio social y literario mayor. Por tanto, no parece irrazonable suponer que la tendencia a omitir la /e/ y la /o/ postónicas fuera un fenómeno extendido en Aragón a causa del dominio del catalán medieval.

El segundo de los fenómenos que observamos es el paso de /ts/ a zeta. Ahora bien, la zeta es, por supuesto, un desarrollo específicamente castellano, desconocido en catalán. Entre los filólogos no parece haber concordancia de opinión respecto a cuándo y dónde se produjo inicialmente, pero el hecho de que no se llevara al Nuevo Mundo parece implicar que no había alcanzado una difusión lo bastante amplia para ser reconocida como característica del idioma, hasta, como muy pronto, el siglo XVI. Según nuestro conocimiento sobre la manera en que se propagan los cambios fonéticos, nos resistimos a creer que el desarrollo de la zeta en Aragón, donde se emplea ahora exactamente como en Castilla, pudiera haberse dado con total independencia del influjo castellano, y no hay criterios para suponer que, expandiéndose en sentido contrario, la zeta en Aragón pudiera haber precedido a la zeta en Castilla. Más bien, su adopción en Aragón parecería de nuevo deberse a un hecho histórico, con la reorientación de los intereses aragoneses hacia el oeste que siguió al matrimonio de Fernando e Isabel, y poco después, el vuelco de todas las miradas al Atlántico.

Si la zeta llegara entonces a Aragón, supondría la «zetización»³ del grupo /ts/. Esto, por supuesto, no afectaría en castellano al equivalente local de FONTES al haberse conservado allí la /e/ postónica,

3. Este retruécano viene a trasladar la creación original *zeta-izing* (nota de los traductores).

pero un sonido /ts/ sí se dio en castellano, procedente, como en el francés medieval, del grupo latino /t/ más yod. Así, una palabra como *pozo* (< PUTEUM) debe haberse pronunciado [**pótso*]. La evolución de [**fwántts*] a [*fwánθ*], de [**frántts*] a [*fránθ*], y de [**swártts*] a [*swárθ*], bien puede haber sido provocada por la analogía con palabras de esta índole. Este nuevo desarrollo tendió inevitablemente a disociar el plural del singular, y allí donde el antiguo singular ha sobrevivido en nombres de lugar, el siguiente paso evolutivo ha supuesto, como hemos visto, la pérdida de la /t/ final. Pero antes de que esta pérdida pudiera llegar a ser general, vino una nueva influencia de Castilla. La /e/ y /o/ postónicas eran ya usuales en Aragón. Tal restitución apenas podría haber tenido lugar de ninguna otra manera sino bajo influjo castellano; y sólo así podemos explicar la existencia de [*fwánde*] junto a [*fwánθ*]. De estos nombres de lugar podemos extraer entonces una deducción cierta sobre la fecha aproximada de la difusión de la zeta en Aragón: parece hallarse emparejada, por decirlo así, entre una disposición de la Cataluña medieval que sugería a los aragoneses la eliminación de sus vocales postónicas (excepto /a/), y una contra-disposición que llegaba bastante después de Castilla, la cual les invitaba a reponerla.

La restitución de una /e/ en un singular [**fwánt*] debe haber producido obviamente [**fwánte*] en un primer estadio. Luego, tras todos los otros desarrollos que hemos observado se produce en esta palabra la sonorización de la oclusiva sorda tras nasal. Aquí volvemos a nuestro problema inicial. El examen de estas palabras comenzó con un intento de descubrir un modo de demostrar que la sonorización de las oclusivas sordas tras nasal o líquida es, en aragonés, un fenómeno reciente. ¿Podemos concluir eso ahora? Podemos hacerlo, al menos en lo que respecta a [*fwánde*], [*fránde*] y [*swárde*], y deducir de ello que hace unos dos o tres siglos este peculiar cambio fonético estaba aún activo. Los aragoneses, que pueden pronunciar ahora [*fwénte*] con el mejor de los castellanos, no estaban acostumbrados todavía a realizar el especial esfuerzo laringal requerido para la articulación de tales palabras.

Sin embargo, ninguna de tales evidencias basta para permitirnos apreciar el lugar o el tiempo en que originalmente llegó a percibirse la falta de inclinación para articular un fonema sordo entre dos sonoros, o para desestimar rotundamente las teorías según las cuales se resolvió esta evolución por la imitación inconsciente de los hábitos de habla de algún grupo étnico determinado. De hecho, según ha mos-

trado Menéndez Pidal, ejemplos de sonorización como los que hemos estado comentando se encuentran en textos españoles de distinta procedencia a partir del siglo XI en adelante. Por esta razón Menéndez Pidal, quien, al considerar otros fenómenos (en especial /f/ > /h/) fundamenta su argumentación a favor de la influencia ibera sobre la contigüidad con el vasco, descarta en este caso la teoría anterior del sustrato ibero a cambio de la sugerencia de que el latín de los ocupadores romanos estaba teñido por una influencia dialectal específicamente osca.

Es casi imposible refutar tales teorías, pero uno se siente inclinado a tratarlas con la mayor cautela. Es cierto que el dialecto osco en la época clásica se distinguía por ciertas peculiaridades fonéticas que perviven en los dialectos italianos modernos de la misma región, y que son idénticas a las que hemos descubierto en los idiomas actuales de los Pirineos. Tal identidad tiene que ver no solo con la sonorización de oclusivas sordas tras nasal o líquida, sino también con la reducción a través de una asimilación progresiva, de /mb/ a /m/, de /nd/ a /n/, y de /ld/ a /l/. De acuerdo con esto, Menéndez Pidal presenta un mapa (*op. cit.*, p. 304) que muestra las áreas donde estos fenómenos coinciden en el sur y en el centro de los Pirineos, insinuando así que se exportaron simultáneamente de Italia a los Pirineos. Pero esto nos enfrenta con una imposibilidad fonológica. Por lo que se refiere a la cronología, las dos tendencias se excluyen mutuamente. En Italia, como en los Pirineos, la sonorización de las oclusivas sordas tras nasal debe haber ocurrido sensiblemente más tarde que la reducción de nasal más oclusiva sonora en nasal simple. Si esto no hubiera sido así, si se hubieran trasladado ambas tendencias del territorio osco a la zona pirenaica en el mismo movimiento colonizador, el resultado hubiera sido de lo más confuso. Las palabras en las cuales la oclusiva sorda sonoriza tras nasal apenas habrían podido no implicarse en la nueva reducción. Así, deberíamos encontrar ahora la evolución SENTIRE > *sendir* > **sennir*, y CAMPUM > *cambo* > **cammo* > **camo*; y de modo parecido ALTUM > *aldo* > **allo* > **alo*. Esto en realidad no ha sucedido. Mientras LUMBUM da *lomo*, CAMPUM da *cambo*, y así perdura. En suma, las dos tendencias se han mantenido aisladas a ambos lados de los Pirineos. Si una es, pues, claramente posterior a la otra, ¿no podríamos descartar la teoría del sustrato, al menos en el caso de la que llega más tarde?

Para completar este examen cronológico podemos recordar ahora algunos indicios que sugieren que, en la vertiente norte de los Piri-

neos, el primero de los dos fenómenos, la asimilación de plosiva sonora a nasal o líquida, no es en sí mismo de gran antigüedad. En gascón este tipo de palabras como QUANDO y UNDE conservaron su /d/ hasta después de la pérdida de /e/ y /o/ finales, lo que se demuestra por el hecho de que la equivalente sorda de /d/ todavía sobrevive, pronunciándose ante vocal en las voces modernas *quoant* y *ount*. Además, según el diccionario de Simin Palay, la /b/ de *loumb* (< LUMBUM) todavía se pronuncia en algunas zonas y con mayor grado de generalidad aún en el diminutivo *loubét*. Si esta evolución se halla tan alejada en el tiempo del período durante el que pudiera esperarse una influencia sustrática, entonces tanto menos estaría la otra evolución, es decir, la sonorización de oclusivas sordas tras nasal o líquida, en deuda con un sustrato.

En resumen, este fenómeno de sonorización, a la vista de las evidencias de que disponemos, parecería haber estado activo entre los siglos XI y XVII, quizás más tarde, y bien puede haber progresado geográficamente de sur a norte. Mientras no podamos asignarle un posible punto específico de partida, no existirá una razón convincente para atribuirlo a la influencia ibera. Si aparece tanto en los dialectos románicos como en vasco, la explicación debe encontrarse probablemente en su contigüidad. En tales casos, los habitantes de una de las dos áreas lingüísticas diferentes tienden a ser bilingües y es el área bilingüe la más receptiva a los fenómenos propagados. No hay duda de cuál es el área bilingüe en los Pirineos. El campesino aragonés no tiene interés en dedicarse a aprender vasco. Es el vasco quien aprende el vecino romance. Y este hecho incide en la dirección habitual de la propagación⁴.

4. Traducción de Luz Gabás Ariño y José Antonio Saura Rami. Este artículo se publicó por primera vez en inglés («Problems of chronology in the aragonese dialect»), en *Mélanges de Linguistique et de Littérature Romanes offerts à Mario Roques*, París, Centre National de la Recherche Scientifique, 1952, vol. IV, pp. 103-111.